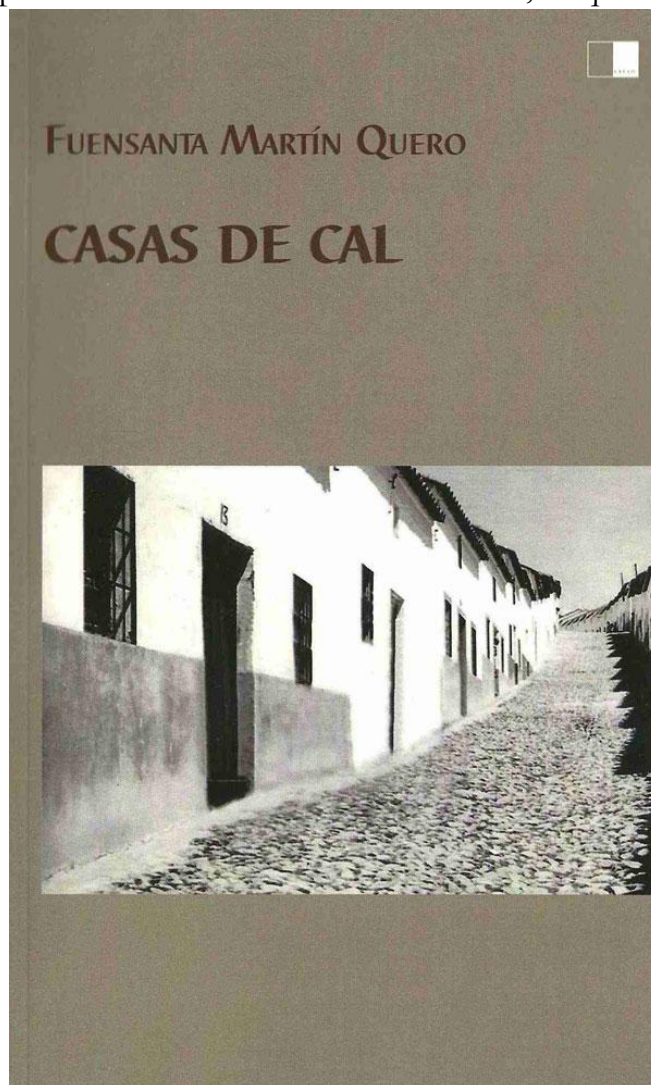


Fuensanta Martín Quero: "Casas de cal"

Ana Herrera

Muchos han sido los poetas y las poetas que han cantado a su tierra a lo largo de la historia en delicados y desprendidos versos de amor. Una de esas poetas es Fuensanta Martín Quero, cuyos versos cargados de excepcionalidad se convierten en depositarios de las vivencias de la gente de su entorno que le han legado su confianza, en especial de la voz de Manuela Pérez, a quien aparece dedicado este poemario. Sus palabras fijan un recorrido por los lugares y las personas de la Andalucía de la infancia, de la adolescencia y de la primera juventud de Manuela. Esa excepcionalidad de la que hablamos nace en el título de su obra, "Casas de cal", de esa cal que pinta las fachadas, los patios, los rincones de las casas andaluzas, allí donde habitaron y aún habitan las almas de su gente que, intempestivamente y sin avisar, se marcharon un día de la vida de la persona retratada y la dejaron con el sabor en los labios de lo que podrían haber sido otros días de gloria. Pero lejos de un resentimiento hacia el mundo que la rodea, ese sufrimiento de la voz transmisora, trasladado a la voz lírica de Fuensanta, se ha volcado en el resurgir de un espíritu de tolerancia y de amor hacia todo su universo.



La autora canta a "la cancela" ("...cuando crucé la estancia / que a ti me conducía, / como un camino firme parecía alfombrarse.") no exenta de connotaciones nostálgicas y que se mostraba como un camino seguro que después el tiempo y la vida hicieron imposible. Canta al patio, al pozo que no faltaba en casi ninguna casa andaluza, a la escalera ("...cuando hacia ti llevaba la risa de mi cuerpo.") que une de nuevo a su personaje con las personas que se mueven por estos espacios, en este caso a sus padres y a la muerte que se

los llevó dejándola huérfana para siempre, y a "su fugaz regreso en los días templados". La cal no solo cubre paredes y rincones, no solo pinta de blanco los espacios físicos, "La cal encubre lágrimas y risas" de los momentos vividos, tal como manifiesta espléndidamente en el poema del mismo título. Se convierte así la cal en un símbolo vivificador de sentimientos y emociones, dando aliento a todo el poemario.

Nos conmueven las descripciones bellísimas de los campos hortícolas del pueblo sureño, llenos de naranjos, nísperos y "olivares altivos". Altivos porque son la esencia de esta tierra y engrandecen con orgullo la risa y el llanto del pueblo andaluz. Con contundentes metáforas y brillantes símiles rememora los días pueriles con una delicada sensibilidad: "Muchas veces la sangre / fluye por lugares extraños, y en cálido remanso / discurre por los días como un río que olvida / la altitud de la roca." Revive las tardes de amor al filo de la noche, y la inocencia de los primeros amores en una tierna "Canción": "Blanco, vestido blanco / como la luna nueva", y se lamenta de las consecuencias del amor cuando "...alguien da un giro inesperado / [...] / y no vuelve".

"En la pared de cal" su mirada retorna de nuevo a la infancia y al destello de un amor de juventud cuyos recuerdos quedaron atrapados en las paredes recubiertas de blanco. Aquellas blancas paredes que "quedaron mudas / [...] / le desollaron su aliento" cuando fueron testigos de su orfandad, y "...no respondió la tarde, ni el día, ni la noche...". La inmensa tragedia que se cernió sobre su interlocutora dejando atrapado su pensamiento en otro lugar, en otro momento de su vida, aparece pintada magistralmente a través de bellísimas personificaciones donde las paredes y las horas que va arrastrando el tiempo permanecen mudas ante su dolor irreparable, la angustia incomprendida y nunca esperada de quedarse huérfana: "Las blancas paredes se volvieron negras / de tanto y tanto silencio". La antítesis del blanco se transmuta en el negro del llanto, del silencio, de la perplejidad que ocuparon sus días infantiles.

"Pelo blanco, blanco pelo, / redonda luna recogida en la nuca", quiasmo y metáfora para transitar por la imagen de otra mujer protagonista de sus historias, una mujer que acogió los débiles suspiros de una niña, una mujer querida y añorada, guardada en la memoria que alentó, aquella que lucía un camafeo en el pecho, aquella a la que la fugacidad de la vida se llevó también a los aleros de la muerte: "Fugaces mariposas se llevaron tus días". Me recuerda este verso otro de mi propia autoría: "...alguien volará sobre el jardín de las mariposas dormidas". En ambos casos, la figura de la mariposa se convierte en símbolo de la propia muerte o en algún elemento crucial en su relación con ella, como es el caso de la voz poética que comentamos.

Años después, Manuela regresa a estos espacios antes habitados, abre la cancela blanca, como la cal de todo este universo perdido, abre la puerta del

patio, inundada de luz –de nuevo, la connotación del blanco y los colores de la tierra andaluza representados en su sol y en el color de sus paredes–, sube a los dormitorios (“... desnudo las ventanas para que entre el día / [...] / pero no escucho la voces / de nadie que conozca.”), y echa de menos, en medio de las estancias, la compañía de sus seres amados.

Ya hacia el final de esta recopilación, nos encontramos con un poema largo compuesto de pequeñas estrofas independientes, donde Fuensanta en verso libre, recoge tiernas impresiones sobre el viento, el tiempo, la primavera, la vegetación, la mañana, el rojo carbón de invierno, la sombra, la soledad, las cortinas, el pozo, las aves, la cama, la ausencia de la madre cantada en versos sublimes (“Me clavaste la daga / de tu ausencia eterna, madre, / y yo sigo aún –anciana y niña- / desangrándome de ti”), los deseos y siempre el ayer: “Por el ayer, un camino perdido, / una senda olvidada sin un olvido”, que concluye en una magnífica paradoja.

Una súplica lanzada a un amor perdido en el poema “Recuérdame” y un ardor de esperanza, de vida que se renueva en las esquinas de las casas de cal, en los niños y niñas que atraviesan la fuentes y las plazas, en los grillos, en la lluvia, en los muros, en las noches de verano, nos conducen inevitablemente por un sentir universal. Y el último poema no podía ser otro que el titulado “Pueblo”, el pueblo que vio nacer a Manuela, el pueblo de sus seres queridos y perdidos, el pueblo de sus alegrías y de sus desvelos: “Vive el tiempo en las casas confinado: / las paredes susurran tras la reja / y en la sombra suspira lo olvidado.”

La mayoría de los poemas de este brillante libro se componen de versos medidos, aunque no isométricos, en los que predominan los alejandrinos, endecasílabos y heptasílabos, si bien también hay versos de otras medidas.

Por todo lo expresado anteriormente, por la esencia lírica de sus versos, por el dominio magistral de los recursos literarios, por la empatía que la une a sus personajes, a los que ha desnudado y retratado con suma belleza y acierto penetrando en los rincones más recónditos de sus entrañas, confirmamos con absoluta certeza que la voz poética de Fuensanta Martín Quero se nos muestra como una de las más destacadas dentro del panorama de la poesía contemporánea actual, y, en concreto, de la lírica malagueña.